

CAPÍTULO XII

Miguel el cuerdo

No sé qué autor, sagrado ó profano, ha dicho que « el amor es poderoso como la muerte ».

Esta frase, que á primera vista parece un pensamiento, no es sino un hecho, un hecho inexacto.

César dice en Shakspeare, ó, más bien, Shakspeare hace decir á César : « El peligro y yo somos dos leones nacidos en un día, y yo soy el primogénito. »

También el amor y la muerte nacieron en un mismo día, en el de la creación; pero, como César, el amor es el primogénito.

Cuando Eva, en presencia de Abel muerto por Caín, se retorcía sus maternas brazos exclamando : « ¡ Ay de nosotros! ¡ ay de nosotros!... la muerte ha entrado en el mundo! » la muerte llegaba después del amor á tomar posesión de la tierra,

puesto que el hijo que aquélla acababa de arrebatárle era el fruto de sus amores.

Por consiguiente, no debe decirse que « el amor es poderoso como la muerte, » sino que « es más poderoso, » puesto que en su perpetua lucha con aquélla obtiene siempre la victoria.

Cinco minutos después que Luisa bendijo los designios de la Providencia, la joven olvidó hasta la causa que la había conducido cerca de su amante; sólo sabía que estaba junto á Salvato y que Salvato se hallaba junto á ella.

Los jóvenes convinieron en que no se separarían hasta la noche; á su regreso á Nápoles, Luisa vería al jefe de la conspiración, y al día siguiente, así que aquél hubiese tenido tiempo de dar contra-orden y de ponerse en seguridad, Salvato se lo diría todo á Championnet, quien, de acuerdo con el poder civil, tomaría las medidas necesarias para hacer abortar el complot, suponiendo que los conjurados se obstinasen en su empresa á pesar del aviso de la San Felice.

Una vez arreglado este punto, los dos amantes se entregaron por completo á su amor.

Entregarse al amor, cuando uno se halla real y verdaderamente enamorado, es robar las alas á las palomas ó á los ángeles, volar lejos de la tierra y

posarse en alguna nube de púrpura ó en algún rayo de sol; es mirarse de hito en hito á través de una sonrisa de felicidad, hablar en eco, ver el Edén bajo los pies y el paraíso sobre la cabeza y oír la arrobadora armonía de celestiales coros, en el intervalo de estas mágicas palabras repetidas mil y mil veces: « ¡Yo te amo! »

El día se pasó como un sueño. Ansiosos de aire y de soledad, y fatigados del ruido de la calle y de la estrechez de la habitación, salieron á dar un paseo por la campiña, la cual, en las provincias napolitanas, empieza á revivir á fines de Enero. Pero en las inmediaciones de la ciudad encontraban á cada paso á algún importuno, y como el amor adora los lugares solitarios, decidieron visitar las ruinas de Pesto.

En aquel momento pasaba un carruaje; Salvato llamó al cochero, los dos amantes montaron en el vehículo, después de indicar al auriga el sitio á donde debía dirigirse, y los caballos partieron á galope.

Ni uno ni otro conocían á Pesto. Pero ¿qué importaba el sitio con tal de que estuviesen solos? Si Salvato hubiese dicho: « Vamos á las lagunas Pontinas, » Luisa habría repetido: « Vamos á las lagunas. » ¿Qué podría importarles en semejantes

momentos la atmósfera de muerte que allí se respira? ¿No es la ventura el más eficaz de los antidotos?

Luisa conocía todos los pormenores relativos á las localidades que se atraviesan cuando se costea aquel magnífico golfo que se llamaba el golfo de Pesto antes que Salerno existiese. Y sin embargo, tal era el placer que le causaba oír á Salvato, que le dejaba hablar, como si su ignorancia en materia arqueológica fuese completa; sabía de antemano lo que su amante iba á decir, y lo escuchaba con la misma atención y curiosidad que si lo oyese por la primera vez.

Pero lo que no había podido hacerles comprender ningún escrito y lo que les sorprendió agradablemente fué la majestad del paisaje, la grandiosidad de las líneas que se desarrollaron á su vista cuando, al volver un recodo del camino, aparecieron de pronto los tres templos, cuyo cálido color de hoja seca se destaca sobre el azul oscuro del mar.

Nada resta hoy de los conquistadores de Esparta á excepción de aquellos tres esqueletos de granito rodeados de mortales miasmas, donde constantemente reina la fiebre, y de aquel recinto de murallas tirado á cordel, cuyo exiguo cuadrilátero

puede recorrerse en menos de una hora siguiendo las ondulaciones del terreno. Aquellos pocos fantasmas errantes, devorados por las tercianas, que miran al viajero con ojos cóncavos y curiosos, no son por cierto los descendientes de la antigua y vigorosa raza que poblaba el país, así como aquellas hierbas insalubres ó venenosas no son tampoco los retoños de los rosales que otras veces cubrían el suelo y cuyo perfume aspiraban con delicia los que iban de Nápoles á Siracusa.

En aquella época en que la arqueología tenía pocos aficionados y en que sólo visitaba las ruinas solitarias la friolenta culebra, no había, como hoy, un camino para ir á los templos y era menester atravesar por medio de aquellas hierbas gigantescas, arriesgándose á poner la planta sobre algún reptil. Luisa vaciló un momento antes de entrar en aquellas juncias pútridas; pero Salvato la tomó en sus brazos como si fuera una niña, la levantó á la altura de su cabeza y la llevó hasta las gradas del más grande de los tres edificios.

Dejémoslos en aquella soledad entregados á su amor, á aquel amor profundo y misterioso que trataban de ocultar á todas las miradas y que una pluma celosa había denunciado á un rival, y veamos cuál era la causa del rumor que los dos

amantes habían oído en la antecámara del despacho de Palmieri.

El lector recordará que Miguel había seguido á Luisa á Salerno, acompañándola hasta la habitación de Salvato. Cuando el joven oficial salió al encuentro de su amada y la estrechó contra su corazón, el lazzaroni se retiró discretamente y tomó asiento cerca de la puerta, esperando las órdenes de su hermana de leche ó de su jefe de brigada.

Luisa había olvidado la presencia de Miguel, y Salvato no se inquietaba por que pudiera escucharlos, teniendo entera confianza en el lazzaroni. Ya hemos visto en el capítulo precedente que la pobre Luisa, después de suplicar á su amante que huyese del reino, había concluido por confesárselo todo, menos el nombre del jefe de la conspiración.

Pero Miguel le sabía.

El jefe de la conspiración, según los detalles que la misma Luisa daba á Salvato, era el joven que había estado esperándola hasta las dos de la mañana, el que había salido á las tres de la casa de la Palmera, y Miguel no había echado en olvido las palabras de Giovanina, cuando al preguntarle: «¿Qué tiene hoy Luisa?» le respondió: «No lo sé; pero está así desde la visita que le hizo anoche el señor Andrés Backer.»

Por consiguiente, el jefe de la conspiración era Andrés Backer, el banquero del rey, el gallardo joven que estaba tan locamente enamorado de Luisa.

Y ¿cuál era el objeto de aquella conspiración?

Degollar en una sola noche á los seis ú ocho mil franceses que ocupaban á Nápoles y con ellos á todos sus partidarios.

Á la sola idea de este proyecto de nuevas Vísperas sicilianas, Miguel se estremeció bajo su flamante uniforme, pensando que, en su calidad de partidario entusiasta de los franceses, sería uno de los primeros que degollasen, ó más bien, que ahorcasen, puesto que debía ser ahorcado después de llegar á coronel.

Miguel se hallaba dispuesto á hacer cuanto estuviera en su mano por que la predicción de la hechicera se cumpliera lo más tarde posible.

El plazo comprendido entre la mañana del jueves y la noche del sábado le parecía bastante perentorio.

Y acordándose del proverbio, « hombre prevenido vale por dos, » se le figuró que no había tiempo que perder para prepararse á combatir el peligro que le amenazaba.

Esto era para él tanto más fácil, cuanto que no se

hallaba combatido por las dudas que agitaban la conciencia de su hermana de leche. No le habían confiado ningún secreto, ni estaba comprometido por ningún juramento.

Había sorprendido la conspiración escuchando á la puerta, ó mejor dicho, oyendo sin escuchar, y adivinando el nombre del jefe del complot por lo que Giovanina le había dicho sin encargarle ninguna reserva.

En este supuesto, le pareció que merecería verdaderamente el nombre de loco si dejara que los señores Simón y Andrés Backer cumplieren sus proyectos reaccionarios, y que, por el contrario, si impedía que se llevase á efecto la contrarrevolución y salvaba la vida á veinticinco ó treinta mil hombres, sacrificando á dos realistas, merecería que sus contemporáneos y la posteridad le llamasen el sabio, ni más ni menos que si fuera un Tales ó un Solón.

Á fin de no perder ni un minuto, el lazzaroni salió de la antecámara y cerró la puerta detrás de sí, para que nadie pudiese entrar sin que le oyeran.

El rumor de aquella puerta fué el que inquietó á Salvato y á Luisa; pero su intranquilidad habría sido mucho mayor si hubiesen podido conocer cuáles eran las intenciones que al cerrarla tenía Miguel el Cuerdo.

CAPÍTULO XIII

Los escrúpulos de Miguel

Al salir de las casas consistoriales, Miguel montó en un *calessino*, á cuyo cochero prometió un ducado si le llevaba á Castellamare en tres cuartos de hora.

El caballo partió á galope y salvó en cuarenta minutos el espacio que media entre Salerno y Castellamare.

Al llegar al puerto y al ver á Giambardella orientar su vela para aprovechar un salto de viento que acababa de tener lugar, la primera idea de Miguel fué meterse de nuevo en la barca y volver á Nápoles con los dos marineros que le habían llevado. Pero el viento podía cambiar durante la travesía, ó bien quedar en calma como antes había sucedido, ó bien soplar por la proa y obligarles á recurrir al remo. Todas estas probabilidades eran excelentes para un loco; pero demasiado aventuradas tratándose de un cuerdo.

Por consiguiente, el lazzaroni se atuvo á la locomoción terrestre, y, para andar más de prisa, resolvió dividir el camino en dos relevos: el primero desde Castellamare á Pórtici; el segundo desde Pórtici á Nápoles.

De este modo, y mediante un ducado por cada carrera, estaba seguro de llegar antes de dos horas al palacio de Angri.

Y decimos al palacio de Angri, porque, ante todo, Miguel deseaba conferenciar con el general Championnet.

Pero al mismo tiempo que corría á galope por el camino de Nápoles, el improvisado coronel se rascaba la cabeza desesperadamente, como si quisiera hacer germinar una idea que conciliase los escrúpulos que asaltaban su espíritu.

Después de todo, Miguel era un muchacho honrado: su corazón era demasiado leal para no comprender que el paso que daba no era en resumidas cuentas más que una denuncia.

Pero, ¿no salvaba á la república, al convertirse en denunciador?

Este pensamiento le decidió á seguir adelante; sólo vacilaba en la manera cómo habría de denunciar la trama.

Quedábale un recurso, cual era consultar á Cham-

pionnet, como consultaría á un confesor sobre un caso de conciencia, y aclarar sus dudas con la opinión de un hombre que, á los ojos de sus mismos enemigos, pasaba por modelo de lealtad.

Por eso resolvió dirigirse al palacio de Angri en vez de ir al ministerio de policía.

Gracias al revelo de Pórtici y al ducado ofrecido por cada carrera, Miguel llegó al palacio de Angri siete cuartos de hora después de su salida de Castellamare.

El lazzaroni preguntó al centinela si el general estaba en casa, y habiendo recibido una respuesta afirmativa, penetró en el alojamiento de Championnet; pero el plantón que se hallaba en la antecámara le dijo que el general no recibía, porque estaba muy ocupado con los arquitectos que habían hecho los planos del sepulcro de Virgilio.

Miguel respondió que tenía que hablarle de un asunto algo más importante que el de los tales planos y que le era preciso verle sin pérdida de minuto, so pena de grandes desgracias.

Todo el mundo conocía á Miguel el Loco; todo el mundo sabía que Palmieri le había librado de las garras de la muerte y que el general le había nombrado coronel, y nadie ignoraba el servicio que el lazzaroni había prestado á la causa republicana,

conduciendo la guardia de honor de San Gennaro á través de los barrios insurrectos. En consideración á estos precedentes, transmitieron á Championnet el deseo del peticionario.

El general en jefe del ejército de Nápoles tenía por costumbre no despreciar ningún aviso por insignificante que pareciera.

Por consiguiente, dejó á los dos arquitectos en el salón, prometiéndoles volver cerca de ellos tan pronto como se desembarazase del lazzaroni, y pasó á su despacho, en cuya pieza introdujeron á Miguel.

Al distinguir al general, el lazzaroni saludó militarmente; pero no obstante aquel saludo y aquel afectado aplomo, el pobre muchacho, que jamás había tenido pretensiones de orador, parecía en extremo perplejo.

Championnet adivinó sus apuros, y con su bondad ordinaria, resolvió allanarle el camino.

— ¡ Ah! ¿ eres tú, *ragazzo*? le dijo en dialecto napolitano. Me alegro de verte, porque estoy muy contento de ti: sé que te conduces en regla y que predicas como un D. Michelangelo Ciccone.

Al oír en boca de un hombre como Championnet el elogio de su conducta, hecho en su propio dialecto, Miguel cobró algún ánimo, y respondió:

— Mi general, me enorgullece y me llena de satisfacción el que estéis contento de mí; pero eso no es bastante.

— ¡Cómo! ¿no es bastante?

— No; es preciso que yo también lo esté.

— ¡Diablo! eres muy exigente, amigo mío. La satisfacción de sí mismo es la beatitud moral sobre la tierra. ¿Cuál es el hombre que, al interrogarse severamente su propia conciencia, puede quedar contento de sí mismo?

— Yo, mi general, siempre que queráis tomaros el trabajo de iluminar la mía.

— Se me figura, amigo mío, dijo Championnet sonriendo, que te has equivocado de puerta; sin duda has creído entrar en casa de monseñor Capece Zurlo, arzobispo de Nápoles, y sin saber cómo te has metido en casa de Juan Esteban Championnet, general en jefe del ejército francés.

— ¡Oh! no por cierto, mi general, respondió Miguel; sé perfectamente que estoy en casa del más honrado, valiente y leal de cuantos soldados militan bajo las banderas de la República.

— Vamos, si empiezas por adularme, voy á creer que vienes á pedirme alguna gracia.

— Al contrario, vengo á prestaros un servicio.

— ¿Un servicio?

— Sí, y no muy pequeño.

— ¿Á mí?

— Á vos, al ejército francés, al país, á todo el mundo... Sólo que necesito saber si podré prestaros ese servicio sin dejar de ser hombre honrado, y si, después de prestárosle, me daréis la mano como acabáis de dármela hace un instante.

— Creo que respecto á ese punto debes tener un guía mucho más seguro que yo, cual es tu propia conciencia.

— Pues ese es el caso, mi general, que mi conciencia no sabe á qué atenerse.

— Entonces, repuso Championnet, quien olvidaba á sus arquitectos hablando con el lazzaroni, ya conoces el proverbio que dice « que en la duda vale más abstenerse. »

— Bien, pero ¿y si absteniéndome suceden grandes desgracias?

— De modo que según decías hace un momento, ¿no sabes á qué carta quedarte?

— No, mi general, no sé qué hacer: temo hablar y temo guardar silencio. Nuestro país es un extraño país, donde, gracias á la influencia de nuestros soberanos, no hay ya ni sentido moral ni conciencia pública. Aquí no oiréis nunca decir: « Fulano es un hombre honrado, » ni « Mengano es un bribón, »

sino « Fulano es rico y Mengano es pobre. » Si es rico, esta cualidad basta para que sea un modelo de virtudes; si es pobre, no hay más que hablar, es un canalla. Si deseáis matar á alguno, id en busca de un sacerdote y decidle: « Padre mío, ¿ es un crimen quitar la vida al prójimo? » Y el sacerdote os responderá: « Según y conforme, hijo mío. Si el prójimo es un jacobino, mátales con entera tranquilidad de conciencia; pero si es un realista, guárdate bien de hacerlo. » Á los ojos de la religión, matar á un jacobino es una obra tan meritoria como crimen abominable atentar contra la vida de un realista. « Espiad, denunciad, nos decía la reina; yo conce deré tan grandes favores á los espías, tan marcadas recompensas á los delatores, que los primeros patricios del reino se convertirán en denunciadores y en espías. » Pues bien, general, ¿ qué queréis que seamos nosotros, cuando oímos decir á la opinión pública que todo rico es hombre honrado y todo pobre un pillo; cuando oímos decir á la religión que « es bueno y santo asesinar á un jacobino y malo y abominable matar á un realista »: cuando oímos, en fin, á la monarquía decirnos que « el espionaje es un mérito y la delación una virtud? » No nos queda más recurso que venir donde un extranjero y pregun-

tarle: Vos, que habéis sido educado en otros principios, ¿ qué pensáis que un hombre honrado debe hacer en tales y tales circunstancias?

— Veamos cuáles son esas circunstancias, dijo Championnet algo admirado.

— Son graves, general. Suponed que involuntariamente haya oído, con todos sus pormenores, el relato de un complot cuyo objeto es asesinar en Nápoles á treinta mil personas, patriotas ó realistas... ¿ qué debo hacer?

— Impedir que se lleve á efecto, salvar la vida de esas treinta mil personas, haciéndole abortar.

— ¿ Aunque ese complot amenazará á nuestros enemigos?

— Si los amenaza, razón de más para impedirle.

— Y opinando de ese modo, mi general, ¿ cómo es que hacéis la guerra?

— Hago la guerra para combatir á la luz del día y no para asesinar en las sombras de la noche. En combatir hay gloria; en asesinar no hay sino crimen y cobardía.

— ¡ Pero no puedo hacer abortar el complot sino denunciándole!

— Pues denunciadle.

— Pero es que entonces soy...

— ¿ Qué?

— Un delator.

— Delator es aquel que revela el secreto que le han confiado y que vende á sus cómplices con la esperanza de una recompensa. ¿Son cómplices tuyos los hombres que conspiran?

— No, mi general.

— ¿Los denuncias con la esperanza de algún premio?

— No, mi general.

— Entonces no eres un delator: eres un hombre honrado que corta el mal de raíz para evitar mayores desgracias.

— Pero si ese complot, en vez de amenazar á los realistas, os amenazase á vos, mi general, si amenazase á los soldados franceses y á los patriotas, ¿qué debería hacer?

— Te he indicado tu deber respecto á nuestros enemigos: mi moral será la misma respecto á nuestros amigos. Salvando á los primeros, merecerás bien de la humanidad; salvando á los segundos, merecerás bien de la patria.

— ¿Y continuaréis dándome la mano?

— Con mil amores.

— Pues bien, mi general, voy á deciros una parte del negocio, y dejaré que otra persona os diga lo demás.

— Te escucho.

— Sabed que debe estallar una conspiración durante la noche del viernes al sábado. Los diez mil desertores de Mack y de Naselli, unidos á veinte mil lazzaroni, deben degollar á todos los franceses y á todos los patriotas; las puertas de las casas condenadas se marcarán de antemano con una cruz roja y á las doce empezará la matanza.

— ¿Estás bien seguro de lo que dices?

— Como de mi propia existencia, mi general.

— Pero, procediendo de ese modo, ¿no se exponen los matadores á asesinar á los realistas al mismo tiempo que á los jacobinos?

— No; porque los realistas enseñarán una tarjeta de seguridad y harán un signo de convención.

— ¿Conoces ese signo? ¿sabes qué tarjeta es esa?

— La tarjeta representa una flor de lis; el signo consiste en morder la primera falange del pulgar.

— Y ¿cómo puedes impedir que estalle el complot?

— Haciendo que prendan á los jefes.

— ¿Los conoces?

— Sí.

— ¿Cómo se llaman?

— ¡ Ah! ¡ diablo! ¡ esa es negra!...

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que al llegar á ese punto mi resolución vacila y se aumentan mis dudas.

— ¡ Ah!

— ¿Qué harán á los jefes del complot?

— Procesarlos.

— ¿Y si son culpables?

— Serán condenados.

— ¿ Á qué?

— Á muerte.

— Pues bien, con razón ó sin ella, mi conciencia se subleva. Me llaman Miguel el Loco; pero en mi vida he hecho daño á nadie, y no puedo acostumbarme á la idea de ser causa de la muerte de un hombre. Que continúen llamándome el Loco, enhorabuena; mas no quisiera que me llamaran *Miguel el denunciador*, ni *Miguel el traidor*, ni *Miguel el homicida*.

Championnet miró al lazzaroni con cierta admiración mezclada de respeto.

— Y si yo te bautizase con el nombre de Miguel el Honrado, ¿ te contentarías con el título?

— Tanto, que jamás solicitaría ningún otro, y olvidaría á mi primer padrino para no acordarme sino del segundo.

— Pues bien, en nombre de la república francesa

y de la república napolitana, yo te lo concedo desde este momento.

Miguel cogió la mano del general y quiso besarla.

— ¿ Olvidas que he abolido el besamanos? le dijo Championnet.

— Entonces, ¿ qué hacer? exclamó el lazzaroni rascándose la oreja. Quisiera manifestaros mi reconocimiento y no sé cómo...

— Abrazándome...

Miguel abrazó al general sollozando de alegría.

— Ahora, repuso Championnet, hablemos razonablemente, *ragazzo*.

— No deseo otra cosa, mi general.

— ¿ Conoces á los jefes del complot?

— Sí, mi general.

— Pues bien, supongamos por un instante que la revelación viene de otro.

— Bueno.

— Y que ese otro me dice: « Miguel conoce el nombre de los jefes del complot: hacédle prender.

— Bueno.

— Y que te mando prender.

— Corriente.

— Y que en seguida te digo: « Miguel, tú sabes

el nombre de los jefes del complot, y vas á nombrármelos ó te hago fusilar.» ¿Qué harías entonces?

— Os diría: «Mandad que me fusilen, mi general; prefiero morir á causar la muerte de un hombre.»

— Pero ¿me dirías eso creyendo que yo no cumpliría mi amenaza?

— Os lo diría confiando en que la Providencia, que me ha salvado una vez, me salvaría de nuevo.

— ¡Diablo! ¡el asunto es embarazoso! dijo Championnet echándose á reír. No puedo mandar que te fusilen, porque entonces no podría saber si mientes ó si dices verdad.

Miguel reflexionó por un momento.

— ¿Es indispensable que conozcáis al jefe ó á los jefes del complot?

— Absolutamente indispensable. Ya sabes que nadie se cura de la solitaria sino arrancándole la cabeza.

— ¿Podrías prometerme que no serán fusilados?

— Sí, mientras que yo esté en Nápoles.

— Pero, ¿y si os marcháis de Nápoles?

— Entonces, de nada respondo.

— ¡Madonna! ¿qué hacer?

— ¡Busca!... ¿No ves ningún medio que pueda sacarnos de apuros?

— Creo que hay uno, mi general.

— Dile.

— Y mientras vos permanezcáis en Nápoles, ¿nadie será condenado á muerte á causa del complot que yo os descubra?

— Nadie.

— Pues bien, hay otra persona que conoce el nombre de los jefes del complot; sólo que esa persona no sabe que hay complot.

— ¿Quién es?

— La doncella de mi hermana de leche, de la esposa del caballero San Felice.

— ¿Cómo se llama esa doncella?

— Giovanina.

— ¿Dónde vive?

— En Margellina, casa de la Palmera.

— Y ¿qué podrá decirnos, si no conoce el complot?

— Hacedla comparecer ante el jefe de la policía, el ciudadano Nicolás Fasulo, el cual la amenazaré con la cárcel si no dice quién es la persona que anoche estuvo esperando á su ama hasta las dos de la mañana y que salió de la casa de la Palmera después de las tres.

— Y la persona que ella cite, ¿será el jefe del complot?

— Sobre todo, si su nombre de pila empieza con una A y su apellido con una B. Y ahora, mi general, os aseguro á fe de Miguel el Honrado que os he dicho cuanto puedo deciros.

— Y ¿no me pides nada por el servicio que acabas de prestar á Nápoles?

— Nada más que una cosa : que nunca olvidéis que sois mi padrino.

Y besando á la fuerza la mano que el general le tendía, Miguel se lanzó fuera de la habitación, dejando á Championnet dueño de obrar como mejor le pareciera, con arreglo á las noticias que acababa de darle.

CAPÍTULO XIV

El arresto

En el momento en que Miguel salía de casa del general daban las dos de la tarde.

El lazzaroni saltó en el primer *corricolo* que halló á mano, y siguiendo el mismo procedimiento que á la venida, esto es, cambiando de vehículo en Pórtici y en Castellamare, llegó á Salerno antes de las cinco.

Cien pasos antes de llegar á la fonda se apeó del carruaje, pagó á su último cochero y entró á pie en su alojamiento, como si viniese de dar un paseo por Eboli ó por Montalto.

Luisa aun no se hallaba de regreso.

Á las seis, se oyó el ruido de un carruaje; Miguel corrió á la puerta: eran su hermana de leche y Salvato que volvían de Pesto.

Miguel no conocía aquellas históricas ruinas; pero, al notar el radiante rostro de los jóvenes,

debió imaginar que habían visto admirables cosas en aquel sitio.

En efecto, el semblante de Luisa parecía ceñido de una aureola de ventura, y un rayo de orgullo brillaba en el de Salvato.

Luisa estaba más bella; Salvato parecía más grande.

Algo de misterioso y desconocido, y sin embargo visible, completaba la belleza de Luisa; había en ella la diferencia que debió existir entre Galatea estatua y Galatea mujer.

Suponed la Venus púdica entrando en el Edén y transformándose en la Eva del Génesis al soplo del amor.

Sus mejillas tenían la blancura de la azucena y las aterciopeladas tintas del albérchigo; en sus ojos brillaba el último reflejo de la virginidad mezclado con los primeros fulgores del amor.

Su cabeza, inclinada hacia atrás, parecía no tener fuerza bastante para soportar el peso de su dicha; su dilatada nariz parecía aspirar en el aire nuevos y hasta entonces ignorados perfumes; su boca entreabierta, dejaba escapar un hálito intermitente y voluptuoso.

Al verla, Miguel no pudo menos de decirle:

— ¿Qué tienes que estás tan bella, hermanita?

Luisa sonrió, miró á Salvato y tendió la mano á Miguel.

Su sonrisa parecía decir:

— Debo mi belleza á aquel á quien debo mi felicidad.

Luego, con una voz dulce y cariñosa como el canto de un ave:

— ¡ Oh ! ; qué hermoso es Pesto ! murmuró. ¡ Qué lástima que no podamos volver mañana, y pasado mañana, y siempre !

Salvato la estrechó contra su corazón. Sin duda le parecía, como á Luisa, que Pesto era el paraíso del mundo.

Los dos jóvenes subieron la escalera, ágiles como dos ardillas, y entraron en su cuarto; pero antes de entrar, Luisa se volvió y dijo á su hermano de leche:

— Miguel, dentro de un cuarto de hora partimos.

El carruaje estaba á la puerta antes que expiraran los quince minutos; pero Luisa no bajó sino al cabo de una hora.

Entonces ya no era la misma. Su rostro se había cubierto de una ligera nube de tristeza, y las lágrimas habían apagado el fuego de su mirada.

Aunque los dos amantes esperaban volver á

verse al día siguiente, su despedida no fué por eso menos triste.

Cuando uno ama entrañablemente y se separa del objeto amado, aunque no sea más que por un día ¿no deja uno su ventura durante veinticuatro horas en manos de la casualidad? Y ¿quién puede prever lo que sucederá entre dossoles!

Cuando Luisa bajó, la noche empezaba á cerrar, y el carruaje, cuyo tiro formaban tres caballos, estaba esperando desde hacía tres cuartos de hora.

Dieron las siete; el cochero prometió llegar á Nápoles á eso de las diez.

Luisa pensaba hacerse conducir directamente á casa de Andrés Backer para seguir al pie de la letra el consejo que le había dado Salvato.

Éste volvería á Nápoles en la tarde del siguiente día á fin de ponerse á las órdenes del general.

La despedida duró diez minutos. Hubiérase dicho que los jóvenes no podían separarse. Unas veces, era Salvato quien detenía á Luisa; otras, Luisa la que detenía á Salvato.

Por fin, el carruaje partió, sonaron los cascabeles de los collares, y el pañuelo de Luisa empapado en lágrimas, dió á su amante un último adiós, al cual respondió Palmieri agitando su sombrero.

El coche empezó á perderse en la obscuridad y

poco después desapareció en un recodo que formaba la calle.

Á medida que Luisa se alejaba de Salvato, se calmaba el poder magnético que Palmieri ejercía sobre ella, y, acordándose del motivo que le había conducido á Salerno, empezaba á ponerse pensativa y triste.

Durante el camino, Miguel no dijo ni una sola palabra alusiva al secreto que había sorprendido ni al paso que acababa de dar.

El carruaje atravesó sucesivamente por Torredel-Greco, Pórtici, Resina, el puente de la Magdalena y la Marinella.

Los Backer vivían en la strada Medina, entre la strada dei Fiorentini y la vía Schizzitella.

Cuando llegaron á la Marinella, Luisa dió orden al cochero de que la dejase en la fuente Medina, esto es, en la extremidad de la strada del Molo.

Pero no bien entraron en la calle del Piliere, cuando Luisa empezó á conocer, por la muchedumbre que se precipitaba hacia la strada del Molo, que algo extraordinario ocurría en el barrio.

Á la altura de la strada del Porto, el cochero declaró que le era imposible ir más lejos, so pena de aplastar á la gente y de que la muchedumbre degollara sus caballos.

Miguel hizo entonces cuanto pudo por conseguir que su hermana de leche volviese atrás ó que tomase una barca en el muelle.

Siguiendo el consejo del lazzaroni, treinta minutos le habrían bastado para llegar á Margellina.

Pero Luisa tenía un objeto que consideraba como sagrado y rehusó alejarse de aquel sitio. Además, aquella muchedumbre se precipitaba hacia la calle de Medina, el rumor venía de la misma calle, y algunas palabras sueltas que llegaron hasta la joven despertaron en su corazón horrible inquietud.

Parecía que todo aquel populacho que corría hacia la calle de Medina hablaba de complot, de traiciones, de asesinatos, y creía escuchar entre sus gritos el nombre de los Backer.

Luisa se apeó del coche, cogió el brazo de Miguel y avanzó hacia la muchedumbre.

En el fondo de la calle, el acero de un sinnúmero de bayonetas reflejaba la rojiza luz de algunas antorchas, y de en medio del confuso rumor de la multitud salían gritos de amenaza.

— Miguel, dijo Luisa, trepa al pilón de la fuente y dime lo que veas.

Miguel obedeció, y una vez sobre el pedestal,

pudo dominar la muchedumbre y dirigir su vista al fondo de la calle.

— ¿Y bien? preguntó Luisa.

El lazzaroni vaciló en responder.

— ¡Habla, por Dios! exclamó la joven, cada vez más inquieta, ¡habla!... ¿qué ves?

— Unos cuantos agentes de policía con hachones y un piquete de soldados que tienen cercada la casa de los señores Backer.

— ¡Ah! ¡los infelices!... ¡los han denunciado! ¡Es preciso que yo penetre hasta ellos, es preciso que los vea!

— No, no, hermanita, dijo Miguel. Tú nada tienes que ver con esa denuncia, ¿no es verdad?

— ¡Oh! ¡no, á Dios gracias!

— Entonces, ven; alejémonos de aquí.

— Al contrario, al contrario, exclamó Luisa, avancemos.

Y atrayendo hacia sí á Miguel, le obligó á bajar del pilón y á entrar con ella entre la muchedumbre.

En aquel instante redoblaron los gritos y se notó un gran movimiento en la compacta masa de curiosos; las culatas de los fusiles resonaron en el empedrado, algunas voces imperativas clamaron: « ¡Plaza! » abriéronse las oleadas de la muchedumbre dejando en medio una especie de calle, y

Luisa y Miguel se encontraron frente á dos prisioneros, uno de los cuales — el más joven — llevaba entre sus ligados brazos la bandera blanca de los Borbones.

Los presos iban entre bayonetas, y á pesar de los gritos, de los insultos y de las injurias de la canalla, siempre dispuesta á insultar y á injuriar al más débil, marchaban con la frente erguida, como hombres que confiesan en voz alta su fe.

La pobre Luisa estupefacta á la vista de aquel espectáculo, en vez de separarse como los demás, permaneció inmóvil en el mismo sitio y se encontró cara á cara con el más joven de los dos presos, esto es, con Andrés Backer.

Al reconocerse, ambos dieron un paso atrás.

— ¡ Ah! señora, dijo el joven amargamente, sabía que erais vos quien me había vendido; ¡ pero nunca pensé que tuvierais valor para venir á gozaros en vuestra obra!

La San Felice quiso responder, negar, protestar de su inocencia; pero el preso la separó con dulzura y siguió adelante diciéndole:

— ¡ Yo os perdono en nombre de mi padre y en el mío, señora: quieran Dios y el rey perdonaros también!

Luisa quiso hablar, pero la voz expiró en su gar-

ganta; y en medio de los gritos: « ¡ Es ella! ¡ es esa mujer, es la San Felice la que los ha denunciado! » cayó desvanecida en los brazos de Miguel.

Los prisioneros continuaron su camino hacia el Castel-Nuovo, donde fueron encerrados bajo la custodia de su gobernador, el coronel Massa.